

## Reseña

**Nofal, Rossana (2022). *Cuentos de guerra*.  
Santa Fe: Vera Editorial Cartonera (Colección Almanaque).  
Universidad Nacional del Litoral. 39 pp.**

Rossana Nofal, investigadora y docente universitaria, quien cuenta con un extenso recorrido en lo referido a estudios sobre testimonios, memorias, narrativa de hijxs y sus incidencias dentro de la literatura testimonial de la narrativa argentina; se posiciona y consolida con este libro necesario y contundente. *Cuentos de guerra* es para quienes lo leemos un material bibliográfico trascendente porque construye categorías teóricas precisas.

En este libro, no se ha dejado de lado las memorias sobre la dictadura, la militancia y la revolución. Previamente, en *Improlijas memorias* (2021) de Carmen Perilli, Nofal redactó el prólogo en donde focalizó cómo en los estudios sobre el testimonio el núcleo siempre es la memoria. “La vida vivida y la vida narrada se cruzan, improlijas en las memorias de Carmen Perilli”, así lo delineaba en la presentación del libro de su colega y maestra donde observó que los procesos de judicialización incluyen las memorias que nos llevan a preguntarnos ¿memoria para quién?, ¿memoria para quiénes? En dicho prólogo, la autora nos mostrará el modo en que se instala lo diferente al momento de contar el viaje hacia el interior del espacio propio: provincia, cuerpo, casa. Sobre el recorte de un relato se inscribe la historia personal de una búsqueda.

Mencionar aquí el prólogo que Nofal redactó para *Improlijas memorias* de Carmen Perilli nos permite pensar e incluir esas líneas en un trabajo que

vincula la narrativa testimonial-jurídica con lo literario. En este sentido, el arduo y minucioso trabajo en *Cuentos de guerra* con prólogo de Ana Longoni explora narrativas heterogéneas sobre la represión de la última dictadura militar en la Argentina, a partir de la sentencia judicial. A medida que el libro avanza las preguntas sobre lo que se puede decir y lo que no ante un juez van sumándose. De ahí que, la experiencia vivida por Carmen Perilli y las diferencias entre el testimonio judicial y las memorias personales vuelven a esa historia subjetiva, ya que sobrevive más allá del testimonio de una sentencia.

De modo significativo, Nofal resalta que por fuera del relato judicial queda “el relato imposible”, es decir todo lo emergente, lo que rodea a ese primer relato y del que ya no hay huellas ni rasgos. Asimismo, no duda en plasmar la incomodidad que le genera la palabra guerra y por eso advierte el lado B que actuará como el móvil que hace reflexionar sobre los cuentos de guerra y cómo funcionan a través de diez capítulos condensados en un trabajo donde vida académica y vida personal se complementan.

Quienes nos encontramos con *Cuentos de guerra* observamos que poder y formas narrativas despliegan una diversidad de registros y géneros en los relatos sobre la lucha armada y la represión en la Argentina. En este sentido, desde mi interés por los estudios de memorias, las narrativas de hijxs e hijxs en el exilio en transversalidad con los estudios sobre género, me mueve a escribir esta reseña a pocos meses de cumplirse 40 años de democracia ininterrumpida en Argentina. Por ello, resulta contundente resaltar cómo Nofal propone una noción desarticuladora en su libro. Por empezar, el libro abre con un imperativo “Cuente qué pasó esa noche” sobre la pregunta del Fiscal general en el Juicio Civil “Vargas

Aignasse Guillermo s/secuestro y desaparición” por la causa de delito de lesa humanidad, lo cual instala a los testigos en un tiempo lejano. Se toma el acto de clausura de una sentencia y se pone en escena un relato que debe ser contado; entonces, la palabra oral devendrá en materialidad de documentos probatorios. Ingresamos aquí el discurso jurídico que se incorpora a las otras narrativas para conformar un campo de procesos reflexivos que por muchos años Nofal ha venido desarrollando y que incluye a las memorias en conflicto.

Los cuestionamientos que van surgiendo dan cuenta de aquello que Nofal configura como la guardarropía posible de personajes para narrar la compleja primera persona. Esa misma guardarropía nos lleva a interrogarnos sobre la máquina de leer que construye lados en una lectura y que instala inevitablemente el “lado del revés”. Tal conformación aloja un itinerario entre los lados A y B en el cual el doble está siempre contrapuesto en un relato imposible.

La guardarropía a la que Nofal alude sostiene la configuración de la guardarropía literaria de una memoria, dado que el texto de una sentencia transgrede el espacio de tribunales y va en busca de otras escuchas en diferentes superficies que hacen lugar a otras memorias. En este sentido, los cuentos de guerra abrazan una literatura de memoria donde suceden las voces de las víctimas y de los victimarios (8). Nofal nos mostrará de primera mano que los alegatos de imputados como Bussi y Menéndez se encuentran anclados a la idea de guerra: “En Tucumán había una guerra y los militares actuaban en defensa de la patria” (Bussi: 7/8/08) (12).

*Cuentos de guerra* nos interpela para comprender que lo que se dejó en el pasado muchas veces no es advertido en la vida propia, excepto cuando se vuelve testimonio que sobrevive a la lectura literaria en medio del otro testimonio,

el de la sentencia. Allí, en el límite, podríamos decir, poroso, se ubican los cuentos de guerra con características propias de quienes los narran, de los sujetos que los conforman, pensados, dirá Nofal, “entre la ficción de un pasado y la contingencia de un presente” (18). Y, particularmente presentados como legados que exhuman y arman un nuevo mapa de biografías que mientras cuentan sus cuentos, narran una historia de vida social.

El cruce de testimonios nos permite reflexionar cómo son esos otros testimonios que se brindan ante un juez en un estrado (por ejemplo), en donde la subjetividad cobra un cauce diferente y la búsqueda del sentido acoge además un efecto reparador. En otra línea de ejemplos, la autora toma el testimonio autobiográfico a través de la mención de *El azul de las abejas* de Laura Alcoba, “el testimonio se convierte en una imagen o en constelaciones de imágenes...” (21). En esta instancia, hablar sobre el testimonio como género, habilita una confrontación con la literatura, sus oficios y aquello que sucede en el estrado judicial. La escena del testimonio cuenta con un narrador en medio de diversos escenarios.

Vuelvo entonces a la máquina de leer a la que he aludido anteriormente que es interpelada por las memorias de la lucha armada, para luego convertirse en una máquina de la memoria. Así se ha constituido en estas últimas décadas la producción testimonial argentina y este punto puede observarse en *Partes de guerra: la literatura testimonial argentina* (2007) de Nofal.

En medio del abordaje realizado por la autora conocemos que toma el concepto de “cuento” a partir de Josefina Ludmer quien ha definido a los cuentos en términos de relatos con carácter fragmentario ubicados dentro de historias mayores. Con dicho concepto Nofal organiza un archivo narrativo de

cuentos de guerra que conservan aquello que ha quedado por fuera del género y nos conduce a replantearnos si la guerra debe pensarse como un cuento en los cuales los héroes van tomando diversas posturas para presentarse como “un personaje discordante, identificable con una figura permanente y a la vez cambiante” (22).

Ahora bien, si nos ubicamos en el presente, las interpelaciones abren todo un panorama de preguntas que inevitablemente realizamos sobre nosotrxs y sobre nuestros objetos de estudio. En este sentido, Nofal expresará lo siguiente: ¿por qué creemos en los cuentos de guerra? Seguidamente responde que la integración de cuento y lógica de guerra supone sumar una nueva complejidad a las experiencias atravesadas. Se narra no solo en términos de operaciones de memoria, sino también para recuperar la agencia militante. Se cuenta justamente la historia propia que es única y da testimonio para narrar los restos, la lógica de los restos que ya Nofal señaló en *Improlijas memorias* de Carmen Perilli y que toma también en la novela *Aparecida* (2015) de Marta Dillon, la cual es acompañada por el testimonio performático. Los restos de la madre en *Aparecida* son “el esqueleto desarticulado”. Identificar esos restos se inscribe, para Nofal, en modos narrativos de la memoria como una estrategia que se impone para alterar los cuentos de guerra y modificar sus formas.

Nofal refuerza el hecho de visualizar al testimonio como género y desprende dos corpus textuales: el testimonio letrado y el testimonio canónico que refiere a aquellos individuos que conforman la escena oral en la que se constituyen las memorias (32). Todo este análisis mira hacia *Los trabajos de la memoria*, libro con el que Elizabeth Jelin se ha constituido como una precursora en América Latina y que Nofal retoma en su abordaje, atendiendo a todas las ediciones de Jelin desde el 2002 a la fecha. Reafirma, en este sentido, que toda

memoria implica una narración sostenida en un presente capaz de abarcar los olvidos y los silencios y observa en “los emprendedores de la memoria” el uso político y público que señala Jelin.

Las relecturas de *Los trabajos de la memoria* posibilitan que Nofal ubique en las operaciones de los emprendedores de memoria la lógica del “cuento” y sus personajes para resignificar a esos emprendedores, que luego complementará con los “contadores de cuentos o cuenteros” al punto de reemplazarlos para relatar la historia y transmitirla entre distintas generaciones. En esta instancia del recorrido, la autora advierte la necesaria ampliación de los trabajos de la memoria desde las diversas agendas que exceden lo sociológico, lo atraviesan e involucran en otros campos como la literatura y el discurso jurídico.

Por lo explicitado, los cuentos de guerra son necesarios y operativos porque evitan la sospecha sobre la verdad de los testimonios y porque se alejan de lo autobiográfico, de aquello que incluye la primera persona y exponen desarticulaciones y conflictos. Estos cuentos de guerra constituyen una máquina de lectura y otra máquina de memoria que funcionan como caja de herramientas, no solo de la crítica literaria, sino también del devenir narrativo con memorias en conflicto que se cuelan sin duda alguna en nuestros procesos de investigación.

Finalmente, *Cuentos de guerra* es la historia de aquellxs hijxs que, como compuso Charly, atravesaron la primera infancia, adolescencia y juventud con Videla. Son lxs hijxs que nacieron sin poder porque la libertad les fue arrebatada como a sus padres y madres. Jóvenes que tanto han contado el cuento desde la reconstrucción de memorias propias y de otrxs; hijxs y más hijxs de Argentina y de toda América Latina que ya no solo pegan carteles en las esquinas,

sino que al decir hacen y entrelazan sus vidas con narrativas heterogéneas de múltiples testimonios sobre la experiencia traumática del terrorismo de Estado. Todo esto, ahora, aunado en la máquina literaria, porque ¿acaso la vida no es también un cuento? Un cuento que, como dice Nofal, contiene diferentes variaciones y enunciadores que cuentan/narran para resguardar una memoria por más desobediente, imprecisa e impropia que sea.

*Eugenia Argañaraz*

CIS-CONICET/IDES-UNTREF